

**art
buch
wald**

HAMBRE DE INFORMACION

WASHINGTON.—Uno de los grandes problemas de la década que comienza consiste en que, por haberse construido tantas máquinas computadoras, habrá escasez de información para alimentarlas.

El profesor Heinrich Applebaum, director del Centro de Multiplicación de Computadores, en Grogbotton, ha expresado su preocupación por esta crisis y ha urgido la adopción de un programa de emergencia para producir los datos suficientes para que tengan funcionando a las computadoras en la nueva década.

—No sabemos —me dijo el profesor— que las computadoras iban a absorber tanta información en tan poco tiempo. Pero si nuestras cifras son correctas, toda la información existente habrá sido consumida para el doce de enero de mil novecientos setenta y seis y se producirá un hambre de datos que puede extenderse al mundo entero.

—El problema parece serio... —dijo.

—Realmente, lo es. El hombre ha creado un monstruo. Al inventar la computadora no nos dimos cuenta de que no habría suficientes estadísticas para alimentarla. Ahora mismo, muchas máquinas se están muriendo de hambre por esa razón. Al mismo tiempo, existe una explosión demográfica en ese ramo: su construcción ha aumentado un treinta por ciento al año. Excluyendo algún holocausto mundial, pronto tendremos que hallar datos para treinta millones de computadoras, sin contar varios miles que nacen todos los días.

—El panorama es realmente aterrador —comentó.

—Lo es. La nueva generación de computadoras es más complicada que la anterior y se niega a permanecer quieta cuando no hay nada que analizar, calcular o computar. Dejadas a su antojo, sólo Dios sabe lo que puede ocurrir.

—¿Existe alguna solución, profesor?

—Deben encontrarse nuevas fronteras de información. Deben estudiarse todas las posibilidades de las máquinas. La comunidad científica, en vez de tratar de resolver sus problemas con computadoras, debe crear problemas para ellas.

—¿Aunque en realidad no le interesen los resultados?

—Naturalmente. La comunidad científica inventó la computadora; ahora debe inventar modos de alimentarla. No quiero parecer un alarmista, pero puedo imaginarme el día en que millones de computadoras estén peleándose como salvajes por la más mínima cantidad de información.

—¿Existe alguna esperanza de que el gobierno abra los ojos ante este peligro?

—Tenemos preparado un programa para pedirle al gobierno cincuenta millones de dólares con el fin de establecer en el país una serie de fábricas de datos. Serán mezcladas con frijoles y, de este modo, podrá alimentarse a centenares de miles de familias de computadoras al mes. Finalmente, estamos abogando por la adopción de un programa para controlar la natalidad de las computadoras. Obligándolas a tragarse algo de información errónea, podremos esterilizarlas, haciendo imposible que produzcan más descendencia.

—¿No abogaría usted por aplicar el aborto a las computadoras?

—Sólo si la computadora del Vaticano da su aprobación...

(Copyright, 1969, The Washington Post. Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

Guerra y Semántica

EL PENTAGONO SOSTIENE LA GUERRA BIOLÓGICA

Un nuevo ejemplo de cómo la distorsión del lenguaje, la traición semántica, tiene una importancia capital en el mundo de hoy nos lo da la transformación del concepto de «guerra biológica» en Estados Unidos. Nixon anunció en el mes de noviembre, cuando estaba reunida la Asamblea General de las Naciones Unidas, que su país renunciaba a la guerra biológica y que daba orden de que se destruyeran todas las armas de este tipo. La noticia abrió un margen de confianza en el ámbito internacional, ayudó las conversaciones de Helsinki sobre reducción de armamento y aumentó la deteriorada cota de popularidad

duce la muerte de un individuo en una dosis de 0,12 millonésima de gramo; quinientos gramos acabarían con la humanidad entera, bien administrados. En el arsenal de Pine Bluff, Arkansas, hay almacenados doscientos mil proyectiles cargados con toxina botúlica, y otros con otras toxinas igualmente venenosas. Según las palabras de Nixon, estas armas biológicas debían haber sido destruidas. Pero al ser clasificadas ahora como armas químicas, podrán ser conservadas e incrementadas. Es naturalmente difícil saber si Nixon, al referirse únicamente a la guerra biológica y no citar la guerra química,



de Nixon en su propio país. Pero el Pentágono ha reconsiderado la definición de guerra biológica. No es aquella que tiende a destruir la estabilidad biológica del enemigo, la que propaga enfermedades o infecciones, sino la que está provocada por agentes biológicos. Los agentes biológicos, para responder honradamente a su propio nombre, deben ser «vivos». Las toxinas son prácticamente venenos producidos por bacterias vivas, pero pueden ser considerados perfectamente como productos químicos no vivos. No caen, por consiguiente, bajo la prohibición presidencial. Una de estas toxinas es la llamada botúlica. Está producida por el «bacillus botulinus», que se encontraba en las conservas en mal estado y en los embutidos («Botulus» es, en latín, salchicha). Se dice que la toxina botúlica pro-

al no especificar su concepto de lo que puede ser la guerra biológica, tenía ya calculada esta salida, o si, por el contrario, ha sido una astucia del Pentágono al utilizar en su conveniencia las incompletas palabras del discurso presidencial. En lógica moral, la condena a la guerra bacteriológica se refiere siempre a la calidad de los destrozados que puede causar y no al matiz insignificante de si el agente productor puede estar calificado o no como dotado de vida —frontera de vida y no vida, por otra parte, está aún pendiente de definición por parte de los científicos—. Por otra parte, si todo depende de una definición presidencial, la supuesta confusión semántica podría acabar con una nueva declaración perfectamente explícita. La ambigüedad, en estos casos, es una culpabilidad.

Tercer Mundo

EL NEGOCIO DE LAS ARMAS

El anuncio de que Francia vende a Libia un cierto número de aviones de combate «Mirage» (probablemente, cincuenta) ha provocado un cierto escándalo que Francia ha tratado de contrarrestar, publicando

cifras de ventas de material de guerra a los árabes realizadas por otros países: de 1962 a 1968, los americanos han vendido armas a Iraq por valor de diecinueve millones de dólares, país que ha recibido también